

# ALGO SOBRE “AMERICA LATINA”

POR

JAIME DELGADO

**G**ENERALMENTE, en el transcurso de doce años suele sucederse siempre gran número de acontecimientos diversos y aun contrarios. Pero si esos doce años son los que van desde 1937 a 1949, los sucesos acaecidos se multiplican entonces asombrosamente, pues es sabido que los días de esta etapa histórica que nos ha correspondido —siempre por suerte— vivir, pasan cargados de hechos; y no en balde el ilustre historiador francés Daniel Halévy ha denunciado sabiamente este fenómeno en su «*Essai sur l'accélération de l'Histoire*», aparecido hace poco tiempo.

Todo esto viene a propósito de cierto artículo, publicado en «*Les Nouvelles Littéraires*», de Francis de Miomandre, asiduo colaborador del citado semanario parisino. Porque las ideas expuestas en dicho escrito están alejadísimas —como opuestas, aunque los extremos se tocan— de las que en 1937 expuso, sobre el mismo tema, Mr. Jacques de Lauwe en su libro *L'AMÉRIQUE IBÉRIQUE*. Ese tema, como ya queda dicho, es Hispanoamérica o la América hispánica; como quieren algunos, América Latina o Latino-América, que así quizá les suc-

ne mejor. Pero veamos, sin más exordio, el contenido de esta obra y de aquel artículo.

Mr. Jacques de Lauwe era discípulo de André Siegfried, autor de otro libro titulado AMÉRIQUE LATINE. El, sin embargo, llamó al suyo, como hemos dicho, L'AMÉRIQUE IBÉRIQUE. ¿Por qué este nombre? La razón es clara: «La América ibérica —decía Lauwe— forma un mundo aparte, muy alejado del nuestro. Es falaz el calificativo de latina que se atribuye a esa América. La América es española e india. Y España, para los que la conocen bien, es ya un país extraeuropeo, un país en el que subsiste por todas partes el recuerdo de los moros.»

Hay que reconocer que esta visión de Lauwe —aparte de multitud de absurdos que existen en su libro— es acertada, y, aunque en sus labios tenga intenciones de insulto, nos honra y enorgullece, como enorgullece y honra la verdad. «La América es española e india.» ¿Puede afirmarse algo con mayor justicia y con más veracidad? Y el acierto es más loable aún si se considera que está hecho en un país —Francia— que no se ha distinguido casi nunca por su comprensión hacia España. Ejemplo de esta incompreensión —y de muchas otras cosas peores— es el ramillete de afirmaciones —todas pintorescas— que el periodista Francis de Miomandre stampa en su artículo de «Les Nouvelles Littéraires», número del 24 de marzo de 1949.

El señor Miomandre comienza su escrito con discreción y talento que hacen iniciar la lectura sin sospecha alguna de lo que viene a continuación. No sabe de dónde procede —dice— la tendencia que tenemos todos a considerar sensacionales solamente aquellas noticias que anuncian tragedias o desastres; lo cual nos lleva a desestimar las que podrían devolver a nuestro espíritu el valor y la esperanza. Y piensa, entonces, en el inmenso esfuerzo constructivo de la «Amérique Latine» hacia la fraternidad humana y la paz. En aquel continente —agrega— hay ciento cincuenta millones de hombres que, a pesar de todas las agitaciones políticas, tienden a fe-

*derarse, a unirse y a limar sus diferencias. Este ideal fué el mismo —como señala Miomandre— de los grandes libertadores Bolívar y San Martín; ideal de unidad, que, lejos de perderse, se ha ido afirmando con mayor nitidez a lo largo del tiempo.*

*Hasta aquí, Francis de Miomandre camina con toda limpieza y seguridad por el espíritu de Hispanoamérica. Pero a partir de la línea siguiente inicia un peligroso descenso, que acabará arrojándole a la sima del error o al limbo —también aislamiento— de la ingenuidad. Esa cuesta abajo empieza en una llamada a sus compatriotas, para que adviertan «la importancia del papel desarrollado por nuestro país en la formación intelectual de estos pueblos». Nuestro país es, naturalmente —Miomandre es quien habla—, Francia, y éstos pueblos son los pueblos hispanoamericanos. Y en seguida, con prisa digna de mejor causa, escribe el periodista su primera ligereza: la importancia de este papel desarrollado por Francia en la formación intelectual de Hispanoamérica quedaría demostrada con tratar sólo de su misma «liberación», que se verificó «bajo el signo de las ideas francesas», plenas de «liberalismo e independencia».*

*El articulista alude, como es notorio, a la Independencia de América, y demuestra con ello su absoluta ignorancia de la historia. Porque afirmar en 1949 que la separación de la Corona española de sus antiguos reinos americanos tuvo un signo liberal y francés exclusivamente —que esto quiere decir que se realizara bajo el signo de las ideas francesas—, equivale a desconocer en sus cuatro quintas partes las causas, caracteres, sentido y desarrollo de aquel gran movimiento histórico, y, de paso, ignorar también el noventa y nueve por ciento de los modernos estudios históricos hispanoamericanos y españoles.*

*Pero la cosa es muy explicable en monsieur Francis de Miomandre, quien no se ha distinguido nunca, que yo sepa —y si se hubiera distinguido sería peor— en el campo de la investigación histórica. Lo que, en cambio, no podemos ya*

*perdonarle es que —a renglón seguido— él mismo se contradiga. Porque resulta, cuatro líneas después, que toda esa influencia francesa sobre los pueblos hispanoamericanos tuvo lugar «sur le plan esthétique»; y creo que se reconocerá que este plan no es tan decisivo, en la formación de los pueblos, como otros planes, por ejemplo: el plan teológico, el plan metafísico, el plan moral, el político, el económico o el sociológico. Y, sobre todo, aun concediendo una importancia extraordinaria a esa influencia estética de un siglo, sería bueno que observara Miomandre este hecho sencillo: cuando Francia arribó a Hispanoamérica, los Estados que la forman tenían ya creadas, fundamentalmente, sus respectivas nacionalidades.*

*De todos estos detalles debió de darse cuenta el referido articulista, y, así, para reafirmar de nuevo la trascendencia del influjo francés en América, termina su escrito afirmando —con ese sentido maternal que algunos franceses dan a todo— que Francia está ligada a la suerte de los pueblos hispanoamericanos porque «América latina ha tenido dos madres: una en el aspecto físico, que es España, y otra en el aspecto espiritual, que es Francia». Y aclara meticulosamente que la madre física del Brasil es Portugal.*

*Como el aserto cae dentro de los límites de la alineación, el primer impulso que el lector del artículo de Miomandre siente es de misericordia. Y, después, de este mismo sentimiento surge también en el lector el deseo de ilustrar en Historia de América la ignorancia maternal del periodista galo. Y no alegue éste nada en su descargo, porque en buen romance castellano le dirían que la ignorancia no quita pecado; en otras palabras: que la ignorancia de las cosas que se deben saber no exime de la culpa de desconocerlas.*

*Con este propósito pedagógico he tomado, pues, ahora la pluma. Y la primera lección que ofrezco al señor de Miomandre se reduce a un recuerdo somero de algo que —como se ha visto más arriba— ya dijo un escritor francés: «La América es española e india.» Quiere esto decir que los dos ingredientes esenciales que constituyen el ser del continente que se llamó*

Indias son el indio y el español. América existía, evidentemente, antes de que Cristóbal Colón la descubriera. En sus tierras vivían los aborígenes, en efecto; vivían diseminados en distintas tribus, separados por la religión, las costumbres, la geografía, la raza. Unas de ellas habían llegado a formar unidades —no imperios— más cohesivas, o sometidas, por lo menos, a una autoridad superior: el caso de Moctezuma en México, por ejemplo. Otras, en cambio, llevaban una vida tribal o clánica y estaban en permanente lucha entre ellas. Ninguna, pues, constituía verdadera nacionalidad ni, por otra parte, había entrado en el proceso de la Historia. Pues bien: a este abigarramiento impuso unidad, cohesión e historicidad la obra de España. Véase lo que dice, a este respecto, un ilustre historiador hispanoamericano: «Es verdad que Iberoamérica ya no es España, pero también es verdad que sin ésta, aquélla no habría existido. ¿Qué vínculo ligaba a las tribus, qué solidaridad geográfica, aparte del nexo lugareño, se advertía en ellas antes que el español viniera a dárselas, fundiéndolas a todas en el común denominador católico y cultural? Por eso lo español no es sólo un elemento más en el conglomerado étnico. Es el factor decisivo, el único que supo atarlos a todos, el que logró armonizar las trescientas lenguas dispares de México y hacer de Chile no ya el mero nombre de un valle, sino la denominación de una vasta y plena unidad territorial» (1).

Pero he dicho que España da a las tribus indígenas de América unidad y cohesión. España —sola frente a Europa— no había roto con la tradición medieval, cuyas puras esencias guardaban celosamente y defendían sus santos, sus soldados, sus mujeres. La tradición católica, sin ninguna concesión al paganismo del llamado Renacimiento europeo, había dado al pueblo español su destino de universalidad, y este destino fué transmitido a América. El indio, ajeno antes a toda concepción metafísica, y sin dar sentido alguno a las ideas de honor,

---

(1) JAIME EYZAGUIRRE: *Hispanoamérica del dolor*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, pág. 17.

*justicia y patria, vióse envuelto en aquel destino, que le fué impuesto a tajos y bendiciones, a golpes de espada y a «cris-tazos», como dijera don Miguel de Unamuno. Y fué ese desti-no universal de la raza ecuménica lo que dió al nuevo conti-nente su unidad, cuyo aglutinante constituyeron fundamen-talmente, por encimá de peculiares modismos regionales, la religión, el idioma y el amor a la Monarquía.*

*Por otra parte, España llegó a América —como ha señala-do Jaime Eyzaguirre (2)— en el ocaso de las «espléndidas ci-vilizaciones» autóctonas, y llegó «a inyectar savia nueva, a fundirse con ellas para labrar al unísono un futuro de posi-bilidades no previsto». Porque España dió a América un ser, pero recibió también el ser de América, y de la unión resultó una nueva entidad histórica plena de insospechadas posibili-dades y orientada hacia un nuevo destino. Entidad histórica, porque la inconsecuencia y disparidad de las tribus aboríge-nes fué sustituida por la conciencia colectiva de la sucesión de los hechos humanos; es decir, por la inclusión de América en el proceso de la Historia.*

*Mientras tanto, los restantes pueblos europeos estuvieron ausentes del escenario donde tal fusión estaba realizándose. La labor evangélica, colonizadora y civilizadora de España fué, pues, única en América, y de este modo sus pueblos pu-dieron desarrollarse dentro del ambiente católico español, úni-co que se mantuvo en Europa enhiesto y libre de influencias extrañas. Por eso América es hispana y no latina, como pre-tenden vanamente quienes desconocen la sucesión de los he-chos, tal como se desarrolló; y por eso el término exacto para conocerla es el de Hispanoamérica, o —con mayor amplitud, pero dentro del mismo sentido— Iberoamérica, si en el todo se incluyen a Portugal y al Brasil.*

*No quiere decir esto, como es claro, que yo desconozca la presencia de Francia e Inglaterra en América. Por el contra-rio, sé muy bien que estas dos naciones se relacionaron con el nuevo continente. Pero su relación fué puramente exterior*

---

(2) *Ob. cit.*, pág. 16.

y comercial, sin penetrar para nada —ni ver tampoco fin alguno en la penetración posible— en el espíritu ni modo de ser de los pueblos americanos. Así, la presencia francoinglesa en América fué puramente accidental y externa, y sólo desde los primeros años del siglo XIX pudo hacerse notar con más hondura. ¿Qué razones hubo para que el cambio se operara?

La llamada Independencia hispanoamericana destruyó, como es sabido, los lazos políticos que unían las dos partes de la monarquía española. Ocurrió este fenómeno cuando España había perdido, en virtud de un proceso que aquí no cabe explicar, la fe en sus principios constitutivos y esenciales y, como consecuencia, desamparado a América con su incompreensión y su abandono. América quedó, pues, por una parte, sola y buscó la razón de su existencia —con «orgullo infantil», como anota Eyzaguirre— en fuentes extranjeras, echándose en los brazos de franceses e ingleses, después de despreciar y apostatar de la doctrina y la obra de los próceres que la condujeron a la autonomía. Fué ésta la obra de advenedizos y desarraigados, y tuvo lugar —grábese bien— en el momento en que América había perdido u olvidado la idea de su íntimo ser. Y, así, la influencia francesa y británica fué un postizo que solamente logró modelar lo externo de la conciencia americana, pero nunca destruir su esencia ni borrar los rasgos eternos que la habían formado y que continuaron vivos en el alma de sus pueblos. ¿Podrá decirse, pues, con seriedad que Francia sea la madre espiritual de América?

Solamente a España le ha cabido la gloria de incorporar todo un mundo a la Historia, dándole un destino de universalidad. Por eso, hasta en la terminología que designe a ese mundo ha de respetarse esa primacía española, extraña siempre a finalidades bastardas. Así, como certeramente ha escrito Jaime Eyzaguirre (3), «si el término Indo-América sustituye el factor común cristiano y occidental de nuestra cultura por una deificación racista que se repliega ciegamente en los bajos es-

---

(3) Ob. cit., págs. 19-20.

*tratos de la biología, para rechazar todo contacto con el espíritu universal, la otra denominación de Latino-América, aunque más inofensiva y menos falsa, disfraza malamente el propósito de diluir el nombre español en una fórmula genérica que dará cabida preponderante a otras naciones, muy ilustres sin duda, pero que no estuvieron presentes en las etapas culminantes de la conquista y colonización». No se olvide que «cuando el indio americano, rescatado de la oscuridad de sus ídolos, conoció al Dios del amor y se dirigió a El con las voces tiernas y confiadas del Padrenuestro, no lo hizo en francés ni en italiano, sino en la viril lengua de Castilla».*

*Por eso, en definitiva, «a España no se le puede disputar el derecho de unir su nombre al de una tierra a la que abrió las puertas del cielo, infundiendo en el alma triste de sus moradores la virtud, para ellos desconocida, de la Esperanza».*

Jaime Delgado.  
Almagro, 10.  
MADRID (España).